

# La Iglesia que sirvió a Franco

EL CATOLICISMO FUE, JUNTO CON EL EJÉRCITO Y LA FALANGE, UNO DE LOS PILARES SOBRE LOS QUE SE ASENTÓ LA DICTADURA QUE CONCEDIÓ MUCHO PODER A LA JERARQUÍA CATÓLICA.

La victoria del Ejército de Franco en la guerra supuso el triunfo absoluto de la España católica. El catolicismo volvía a ser la religión oficial del Estado. Todas las medidas republicanas que la derecha y la Iglesia habían maldecido fueron derogadas. La gran empresa era la regeneración total de una nación nueva forjada en la lucha contra el mal, el sistema parlamentario, la República laica y el ateísmo revolucionario, todos los demonios enterrados por la victoria de las armas de Franco con la protección divina. Se trataba del logro de la confesionalidad católica del Estado, del “despotismo de militares y clérigos”, como lo llamaba Barcala, uno de los personajes de *La velada de Benicarló*, de Manuel Azaña. Las ciudades y campos se llenaron de desfiles, manifestaciones de la victoria, regreso simbólico de las vírgenes a sus lugares sagrados, actos de desagravios y procesiones.

Ninguna faceta de la vida política y social quedó al margen de esa construcción simbólica de la dictadura. El calendario de fiestas, instaurado oficialmente por un orden de Ramón Serrano Suñer de 9 de marzo de 1940, aunque algunas de ellas habían comenzado a celebrarse desde el comienzo de la Guerra Civil en el territorio ocupado por los militares rebeldes, resumía la voluntad y universo conmemorativos de los vencedores. Se restauraron, en primer lugar, las fiestas religiosas suprimidas por la República, desde la Epifanía a la Navidad. Junto a las religiosas, se subrayaban las de carácter tradicional de la verdadera España: el Dos de Mayo y el 12 de octubre. Pero las que definían ese nuevo universo simbólico de la dictadura eran las creadas para celebrar los nuevos valores e ideas puestos en marcha con el golpe de Estado y la guerra: el 1 de abril, “Día de la



Por **JULIÁN CASANOVA**

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, se ha dedicado de modo especial al estudio de la II República, la Guerra Civil y la dictadura franquista con varios libros publicados sobre estas épocas. Es colaborador habitual de *El País* y *Onda Cero*. Entre sus últimas obras publicadas destacan *España partida en dos* (Crítica, 2013) y, como coordinador, *Cuarenta años con Franco* (Crítica, 2015).

@CasanovaHistory



El general Franco recibe la comunión de manos de un obispo.

Victoria”; el 18 de julio, “Día del Alzamiento”; el 1 de octubre, “Día del Caudillo”; y el 20 de noviembre, para recordar el fusilamiento del líder falangista José Antonio Primo de Rivera.

La Iglesia era el alma del Nuevo Estado, resucitada después de la muerte a la que le había sometido el anticlericalismo. La Iglesia y la religión católica lo inundaron todo: la enseñanza, las costumbres, la Administración y los centros de poder. Los ritos y las manifestaciones litúrgicas, las procesiones y las misas de campaña llenaron las calles de pueblos y ciudades, conviviendo con el saludo romano, llamado “nacional” en vez de fascista, el canto del *Cara al sol* y el culto al Jefe, cuyo rostro se recordaba en las monedas con la leyenda “Caudillo de España por la gracia de Dios”.

Para recordar siempre su victoria en la guerra, para que nadie olvidara sus orígenes, la dictadura de Franco llenó de lugares de memoria el suelo español, con un culto obsesivo al recuerdo de los caídos, que era el culto a la nación, a la patria, a la verdadera España frente a la anti-España, una manera de unir con lazos de sangre a las familias y amigos de los mártires frente a la memoria oculta de los vencidos, cuyos restos quedaron abandonados en cunetas, cementerios y fosas comunes.

Cuando la suerte de la Segunda Guerra Mundial comenzó a cambiar claramente a

favor de las potencias aliadas, la propaganda de la dictadura comenzó a presentar a Franco como un estadista neutral e imparcial que había sabido librar a España del desastre de ese conflicto. Había que desprenderse de las apariencias fascistas y resaltar la base católica, la identificación esencial entre el catolicismo y la tradición española. El régimen que había salido de la Guerra Civil nada tenía que ver con el fascismo, declaró Franco en una entrevista a *United Press* el 7 de noviembre de 1944, porque el fascismo no incluía al catolicismo como principio básico. Lo que había en España era una “democracia orgánica” y católica.

El catolicismo, que había cohesionado a las diferentes fuerzas del bando sublevado durante la Guerra Civil, cumplió en la victoria una función similar. Isidro Gomá, cardenal de Toledo y primado de España, uno de los artífices de la conversión de la Guerra Civil en cruzada, amigo de Franco y acérrimo defensor de su autoridad, murió el 22 de agosto de 1940. Su sustituto, Enrique Pla y Deniel, obispo de Salamanca e ideólogo de la cruzada, mantuvo a la Iglesia católica española en “amistosa concordia”, como él la llamaba, con el Nuevo Estado. Estaba convencido, y así lo manifestó en diversas ocasiones, de que la Guerra Civil española había sido un plebiscito armado, que la represión de posgue- ➤➤

►► rra era una “operación quirúrgica en el cuerpo social de España” y que, vencidas las potencias fascistas, no había nada que revisar porque la Iglesia española disfrutaba de los frutos y de la plenitud de poderes que la sacralización de la guerra y su identificación con la dictadura franquista le habían otorgado.

Los 46 obispos que estaban en sus sedes al final de la guerra habían bendecido la cruzada, apoyado el exterminio del infiel y se sumaron con fervor y entusiasmo a la construcción del Nuevo Estado. Más de la mitad de ellos falleció antes del Concordato de 1953, período en el que subieron al episcopado los que iban a ser notables jerarcas de los años dorados del franquismo como Pedro Cantero Cuadrado, Ángel Herrera Oria, José María Bueno Monreal y Casimiro Morcillo. Casi tres décadas después de la guerra, el 68% de los obispos tenía más de 60 años y los mayores, con Enrique Pla y Deniel a la cabeza, encarnaban todavía la herencia de la Iglesia de la cruzada.

Ya durante la Guerra Civil, pero sobre todo a partir de la victoria, la jerarquía eclesiástica se planteó muy en serio el objetivo de recatolizar España a través de la educación. Contaron para ello con intelectuales católicos fascistizados, a quienes Franco entregó el Ministerio de Educación. En su primer Gobierno, nombrado el 30 de enero de 1938, el cargo se lo dio a Sainz Rodríguez, un catedrático de Universidad de la extrema derecha alfoncina. Acabada la guerra, cuando Franco formó su segundo Gobierno, el 9 de agosto de 1939, y José Ibáñez Martín fue el elegido. Se mantuvo al frente del Ministerio hasta 1951, 12 años en los que tuvo tiempo de culminar la depuración del Magisterio, de catolizar la escuela y de favorecer con generosas subvenciones a los centros educativos de la Iglesia.

Ibáñez Martín mantuvo como principales responsables de su Ministerio a Tiburcio Romualdo de Toledo y José Permatín, dos ultracatólicos de la etapa de Sainz Rodríguez, e incorporó también a algunos “camisas viejas” de Falange, un ejemplo más de esa mixtura de fascismo y catolicismo que dominó la sociedad española de posguerra. Entre todos ellos echaron de sus puestos y sancionaron a miles de maestros y convirtieron a las escuelas españolas en un botín de guerra repartido entre las familias católicas, falangistas y ex combatientes. La inhabilitación y las sanciones afectaron también de lleno a los profesores de Universidad, cuyos puestos se los distribuyeron los propagandistas católicos y el Opus Dei.

La Iglesia recuperó todos sus privilegios institucionales, algunos de golpe, otros de forma gradual. El 9 de noviembre de 1939 se restableció la financiación estatal del culto y del clero, abolida por la República. El 10 de marzo de 1941, el Estado se comprometió mediante decreto a la reconstrucción de las iglesias parroquiales. A la espera de un nuevo concordato, hubo acuerdos entre el régimen de Franco y el Vaticano, en 1941, 1946 y 1950, sobre la designación de obispos, los nombramientos eclesiásticos y el mantenimiento de los seminarios y las universidades

dependientes de la Iglesia. Por fin, en 1953, 14 años después del final de la guerra, un nuevo concordato entre España y la Santa Sede reafirmaba la confesionalidad del Estado, proclamaba la unidad católica y reconocía a Franco el derecho de presentación de obispos.

La jerarquía eclesiástica, el catolicismo y el clero no permanecieron inmunes a los cambios socioeconómicos que, desde comienzos de los años sesenta, desafiaron el aparato político de la dictadura franquista. El catolicismo tuvo que adaptarse a esa evolución con una serie de transformaciones internas y externas que han sido analizadas por varios autores. En opinión de José Casanova, la “aguda secularización de la sociedad española que acompañó a los rápidos procesos de industrialización y urbanización fue vista con alarma al principio por la jerarquía de la Iglesia. Lentamente, sin embargo, los sectores más concienciados del catolicismo español empezaron a hablar de España no como una nación inherentemente católica que tenía que ser reconquistada, sino más bien como un país de misión. La fe católica no podía ser forzada desde arriba; tenía que ser adaptada voluntariamente a través de un proceso de conversión individual”. Esa secularización coincidió con tendencias de cambio que llegaban desde el Concilio Vaticano II. La opinión y práctica católicas comenzó a ser más plural, con sacerdotes jóvenes que abandonaban la ideología tradicional, trabajadores de la JOC (Juventud Obrera Católica) y de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) que militaban contra el franquismo, y sectores cristianos que elucubraban con los marxistas sobre la futura sociedad que seguiría al derrumbe del capitalismo.

#### “LA TRAICIÓN DE LOS CLÉRIGOS”

Curas y católicos que hablaban de democracia y socialismo y criticaban a la dictadura y a sus manifestaciones más represivas. Todo eso era nuevo en España, muy nuevo, y parece lógico que provocara una reacción en amplios sectores franquistas, acostumbrados a una Iglesia servil y entusiasta con la dictadura. Un documento confidencial de la dirección general de Seguridad, fechado en 1966, ya advertía que de los tres pilares de la dictadura, “el catolicismo, el Ejército y la Falange”, únicamente el segundo aparecía “firme, unido como realidad y esperanza de continuidad”, mientras que el catolicismo mostraba signos de división en torno a tres problemas: “el clero separatista; la lucha interna entre sacerdotes conservadores y sacerdotes avanzados; y la actitud de cierta parte del clero frente a las altas jerarquías eclesiásticas”.

Carrero Blanco llamó a esa disidencia de una parte de la Iglesia católica “la traición de los clérigos”, porque el manto protector que la dictadura había dado a la Iglesia no se merecía eso. Y para demostrar los servicios prestados, “aunque sólo sea en el orden material”, prueba de cómo Franco “quiso servir a Dios sirviendo a su Iglesia”, Carrero daba cifras: “desde 1939, el Estado ha gastado unos 300.000 millones de pesetas en construcción

de templos, seminarios, centros de caridad y enseñanza, sostenimiento del culto”.

Algo se movió en la Iglesia católica española en la última década de la dictadura, después de que murieran la mayoría de los obispos que habían bendecido “la Cruzada” y se habían sumado con fervor y entusiasmo a la construcción del Nuevo Estado que emergió sobre las cenizas de la Segunda República. Enrique Pla y Deniel, por ejemplo, el principal artífice, junto con Gomá, de esa Iglesia de Franco, murió en 1968, a punto de cumplir los 92 años. Pero resulta exagerado concluir que la mayoría del clero y de la Conferencia Episcopal abandonaran en esos últimos años el franquismo y abrazaran la causa democrática. Estaban Enrique Vicente y Tarancón, Narcís Jubany y Antonio Añoveros, en Madrid-Alcalá, Barcelona y Bilbao, a quienes la dirección general de Seguridad calificaba en 1971 de “jerarquías desafectas”, pero también pesaban, y mucho, en esa Iglesia, obispos como José Guerra Campos y Pedro Cantero Cuadrado.

Por eso sería más correcto decir, como matizaba hace ya un tiempo Frances Lannon, que la Iglesia española había descubierto que sus intereses “podían estar mejor protegidos bajo un régimen pluralista que mediante una dictadura” que manifestaba ya importantes síntomas de crisis. Esa es la idea también que ha transmitido el historiador William J. Callahan: se trataba de reformar lo necesario pero preservando al mismo tiempo “todo aquello que pudieran salvar de la privilegiada relación que la Iglesia mantenía con el régimen”.

Cuando murió el “invicto Caudillo” en 1975, la Iglesia católica ya no era el bloque monolítico que había apoyado la Cruzada y la venganza sangrienta de la posguerra. Pero el legado que le quedaba de esa época dorada de privilegios era, no obstante, impresionante en la educación, en los aparatos de propaganda y en los medios de comunicación. Lo que hizo la Iglesia en los últimos años del franquismo fue prepararse para la reforma política y la transición a la democracia que se avecinaba. Antes de morir Franco, la jerarquía eclesiástica había elaborado, según Callahan, “una estrategia basada en el fin de la confesionalidad oficial, la protección de las finanzas de la Iglesia y de sus derechos en materia de educación y el reconocimiento de la influencia de la Iglesia en las cuestiones de orden moral”.

Naturalmente, la Iglesia cambió mucho si se compara con el otro pilar básico de la dictadura, el Ejército, que se identificó con Franco y con el régimen sin fisuras y lo sostuvo hasta el final. Pero en la larga perspectiva de los 40 años del régimen dictatorial, la Iglesia hizo mucho más por legitimarlo, afianzarlo, protegerlo y silenciar sus numerosas víctimas y atropellos de los derechos humanos que por combatirlo. Proporcionó a Franco la máscara de la religión como refugio de su tiranía y de su crueldad. Sin esa máscara y sin el culto que la Iglesia forjó en torno a él como caudillo, santo y supremo benefactor, Franco hubiera tenido muchas más dificultades en mantener su omnímodo poder. ♦

**La Iglesia católica proporcionó al dictador Franco la máscara de la religión como refugio de su tiranía y de su crueldad**